# I.

# INTRODUCCIÓN

1. **Acogida del Sínodo: fase de preparación e inicio.** La diócesis ha acogido con interés, desde el primer instante, desde su anuncio, la fase diocesana del Sínodo de obispos “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”.

Ya en el encuentro diocesano de pastoral (del 5 de junio de 2021) se incorporó el proceso sinodal como itinerario pastoral prioritario de la diócesis. En el mes de octubre de 2021, en la medida en que se iban conociendo los materiales publicados por del Sínodo de Obispos (*Documento preparatorio y Vademécum*), se formó una comisión diocesana para el seguimiento del trabajo. Estaba formada por los Delegados diocesanos de pastoral, dirigidos por un vicario episcopal territorial. Los primeros pasos fueron dar a conocer el contenido y el método de trabajo hacia dos direcciones: primero, difundiendo, desde un criterio territorial, el procedimiento a seguir, para que alcanzara a todos, incluso las parroquias y comunidades más pequeñas; segundo, presentándolo a los organismos diocesanos y sectores pastorales (delegaciones, secretariados y movimientos), como animadores concretos del trabajo diocesano por la sinodalidad. Todo ese trabajo previo desembocó en la apertura en la diócesis del proceso sinodal con la Eucaristía de inicio de la fase diocesana, celebrada el 17 de octubre de 2021.

Desde el inicio, se pretendió integrar el proceso sinodal en la vida pastoral ordinaria de la diócesis. Ésta, durante el presente curso pastoral, intentaba recomponer el tejido comunitario, dañado a causa de la pandemia. Para ello, se disponía a acoger la llamada y la convocatoria del Resucitado y, con ello, compartir la mesa de la Eucaristía (cf. Jn 21,1-14). Junto con San Pablo, nos dábamos enseguida cuenta que “comer de un mismo pan” (I Cor 10-17) implica a la vez “beber de un mismo Espíritu” (I Cor 12-13). El sínodo nos invita a beber de ese Espíritu. Se trata del Espíritu de comunión, de acogida, de sinodalidad, de caminar juntos, hacia un mismo centro y una misma meta, hacia Cristo, como nuestra cabeza.

Esta integración con los objetivos pastorales tenía la intención que la iniciativa del proceso sinodal no sobrecargara ni estresara las comunidades y los movimientos cristianos con agendas muy rellenas. Por eso se favoreció una metodología creativa, es decir, respetando las iniciativas particulares y dando libertad a las parroquias y movimientos a la hora de configurar los equipos y las sesiones sinodales. Como ayuda para ello, la diócesis preparó algún material específico: dos *Lectio Divina* y un cuestionario más reducido que sirviera de invitación para el diálogo y el encuentro en los grupos sinodales. Pero, como puede ocurrir en la vida del Espíritu, en la que simultáneamente se unen fortaleza y debilidad, por querer suscitar una participación de manera libre y creativa, en algunos ámbitos se ha podido ceder a la tentación de una apuesta de mínimos.

Algunas voces, del cuestionario recibido, han expresado la nostalgia de que el proceso hubiera sido más amplio y más concurrido.

2. **Un hito destacado en el camino sinodal: la sucesión episcopal, sinodalidad y comunión apostólica**. Como hito en la experiencia del proceso sinodal, sin duda alguna cabe destacar el nombramiento y la toma de posesión del nuevo pastor de la diócesis: Mons. D. José Ignacio Munilla Aguirre. La misma acogida y el encuentro de él con la comunidad diocesana ha sido en sí misma una experiencia de sinodalidad: Pueblo de Dios reunido con su pastor caminando hacia el Padre. La preparación pastoral y espiritual para la acogida del nuevo pastor ha supuesto profundizar en las raíces de la sinodalidad. Ésta no es posible sin la correlación al colegio apostólico y a la sucesión apostólica, por la cual toda la Iglesia crece arraigada en la misma comunión. Desde su llegada, su mensaje frecuente —animando el proceso sinodal diocesano— ha sido relanzar el itinerario teniendo muy presente un planteamiento teologal de la sinodalidad, basada en la caridad, la fe y la esperanza. De esa forma, la diócesis ha podido aprender un ejemplo de sinodalidad en la sucesión apostólica vivida con el relevo de los Obispos.

3. **Un punto de inflexión: la necesaria comprensión de la naturaleza de la sinodalidad**. Un punto de inflexión importante en el proceso sinodal fue la jornada de formación organizada por la Delegación de Laicos sobre la sinodalidad, el 19 de febrero del 2022. En esa ocasión contamos con la presencia de Mons. Luis Marín de San Martín, Subsecretario del Sínodo de los Obispos en Roma, que nos habló del “Sínodo: La alegría de caminar juntos”. Ese momento fue un salto cualitativo en nuestro itinerario. Con una asistencia de más de 230 participantes ayudó a comprender el concepto de sinodalidad puesto que, desde el primer momento, éste resultaba ser la mayor dificultad que ha envuelto el proceso: la comprensión del mismo concepto de sinodalidad. El ponente, ahondando en el pensamiento de San Pablo y de San Agustín, planteó la sinodalidad como un proceso de integración de la Iglesia con Cristo, asistido e impulsado por el Espíritu. Nos dijo que ser sinodales es ser “más Cristo y más Iglesia”. Fácilmente se comprende las consecuencias pastorales y espirituales que se derivan en esa integración en Cristo y en la Iglesia, de naturaleza eminentemente espiritual, en lo que afecta a la participación y comunión de todos los miembros en la misión de la Iglesia. La sinodalidad relanza todos los carismas que integran al Pueblo de Dios, y potencia la identidad profética, sacerdotal y regia de todos los bautizados. Hace de la Iglesia más Pueblo de Dios que camina hacia Cristo, para integrarse en él como su Cuerpo.

4. **Relevancia de los órganos diocesanos de comunión: Los consejos diocesanos**. El proceso ha avanzado a lo largo de todo el curso pastoral. La intensidad del mismo la ha aplicado cada parroquia y organismo según la flexibilidad de su programación. Sin duda alguna los tiempos litúrgicos de Cuaresma y Pascua han concentrado la mayor parte de encuentros y jornadas

sinodales. De este modo se ha podido vivir la llamada a la conversión sinodal y al gozo de caminar juntos a la luz del Resucitado.

Durante este curso, además, los órganos eclesiales de participación en la diócesis —todos los consejos diocesanos—, especialmente el de pastoral y el presbiteral, han dedicado una buena parte de su tiempo, a reflexionar, revisar y valorar la marcha del proceso sinodal. Se ha recordado que estos consejos son órganos privilegiados de sinodalidad en la diócesis. Ambos llevan funcionando desde hace ya muchos años. Su misión consiste en acompañar y aconsejar al Obispo en su misión pastoral. En los últimos cursos han desempeñado un papel importante en el discernimiento de las orientaciones pastorales de la diócesis. Su amplia composición asegura una excelente representatividad de todos los agentes y miembros que participan en la vida diocesana.

5. **Hacia una síntesis final: las aportaciones concretas**. Así se ha llegado al momento final con el envío de las síntesis particulares sobre lo vivido y reflexionado. Hay una riqueza importante de aportaciones y sugerencias. Se han recogido en torno a unas 70 síntesis finales, en las que están representadas porcentualmente los ámbitos más importantes de la pastoral diocesana (parroquias, colegios, movimientos, vida consagrada e iniciativas particulares). Seguramente es mucho más lo vivido y lo reflexionado que, por diversas circunstancias, no ha llegado a presentarse para la elaboración de esta síntesis final. La lectura de ellas nos muestra inicialmente un impacto desigual entre la abundancia de reflexión a nivel interno (Iglesia *ad intra*) frente a la carestía de reflexión en el nivel externo (Iglesia *ad extra*); desigualdad provocada, por no aprovechar suficientemente este momento oportuno para dirigir la mirada y los oídos a los demás que caminan a nuestro lado, aún sin participar en la Iglesia. A excepción de aquellas aportaciones que recogen encuestas más a pie de calle.

## II.

## DISCERNIMIENTO DE LAS CONTRIBUCIONES RECOGIDAS

La sinodalidad es un evento espiritual. El Espíritu, según la promesa del Señor, no se limita solo a confirmar la continuidad del Evangelio de Jesús, sino que ilumina las profundidades siempre nuevas de su Revelación, e inspira las decisiones necesarias para sostener el camino de la Iglesia (cf. Jn 14,25-26; 15,26-27; 16,12-15) (cf. *Documento preparatorio*, 16). Ello quiere decir que el protagonista de toda sinodalidad, aunque oculto e invisible, es el Espíritu Santo. Él nos conduce a Cristo y a integrarnos más en su Cuerpo, que es la Iglesia. Por ello, a Él, hemos invocado en el inicio de toda reunión y sin duda Él nos ha asistido a lo largo de este proceso. La tarea de esta síntesis consiste, por tanto en confesar su obra entre nosotros. Lo que pretende es alumbrar las mociones,

las llamadas y los ecos que la presencia del Espíritu ha dejado entre nosotros. Dividimos este discernimiento en cuatro momentos: a) las llamadas principales del Espíritu Santo; b) las experiencias sinodales más significativas vividas a lo largo del proceso; c) los puntos de mayor resonancia, que más han sonado; y d) las luces y las sombras que las contribuciones recibidas reflejan.

a) *Las llamadas del Espíritu*

1. **Frente al aislamiento provocado por la pandemia, renovar el deseo de encuentro**. La llamada prioritaria del Espíritu ha sido el despertar a la conciencia fraterna y comunitaria después de un periodo severo y prolongado de carencia de relaciones y contactos cercanos debido a la pandemia. El Espíritu nos confirma que nadie está llamado a vivir solo. Que, por ello, la Iglesia es sacramento de unidad y, ello, quiere decir: compañía y camino compartido. En muchas respuestas se ha observado como el Espíritu revelaba este rostro profundo de la Iglesia, el de ser el lugar del encuentro con Dios y entre nosotros, un rostro oscurecido en el tiempo de confinamiento. Son respuestas encarnadas y realistas, que advierten de los retos y desafíos que deja la nueva situación. Muchas respuestas son sensibles a las heridas abiertas en las comunidades cristianas por el tiempo de soledad y aislamiento. Voces que alertan de la necesidad de curar esas heridas solicitando una pastoral atenta a enfermos, a los mayores, a las personas truncadas por la crisis actual, de diversas maneras. Un nuevo impulso hacia las celebraciones litúrgicas, en las que se saborea con más deseo las riquezas que contiene. Las comunidades cristianas se sienten más atraídas hacia el tesoro de la liturgia, deseándola conocer más y profundamente. Asimismo, hacia la lectura de la Biblia y la necesidad de formación para un mejor aprovechamiento en la vida pastoral y espiritual. Junto a ello, prende con más fuerza una encendida compasión hacia las personas vulnerables. Se pide en muchas aportaciones que la Iglesia se incline más decididamente, con la elocuencia de este testimonio, a la hora de acogerlos y atenderlos. En definitiva, la primera llamada destacada en las respuestas nos describe una Iglesia decidida a salir de este tiempo de pandemia, con un renovado deseo de encuentro con las comunidades y con los demás.

2. **Frente al individualismo imperante, la necesidad de salir de nosotros mismos**. Vivimos en un mundo cada vez más encerrado en sí mismo. El secularismo es una visión del mundo cerrada a la trascendencia, y por ello, tiende a aislar a las personas en un individualismo cada vez más creciente. El Papa Francisco advierte de los peligros que de ello se deriva: un mundo en sombras, cada vez más dividido por fronteras entre las personas. El individualismo suscita actitudes de conflicto y miedo. Peor que la pandemia sanitaria es el instalarnos en una mentalidad de soledad y autopreservación. También en nuestras comunidades se puede vivir este peligro, el riesgo de encerrarnos cada vez más en nosotros mismos, o en identificarnos solamente con los que piensan y sienten como nosotros. A este peligro se teme mucho en

algunas de las contribuciones. Por ello se espera de la sinodalidad el antídoto que cure estas enfermedades. Ese antídoto sólo puede venir de la fraternidad y la amistad social —como indica el Papa Francisco en *Fratelli tutti*.

3. **Frente al desánimo, renovar la docilidad al Espíritu**. En algunas otras contribuciones se denuncia la falta de ilusión, el desánimo permanente ante nuevas iniciativas. Se denuncia la falta de ánimo en las comunidades y los acompañantes. Se señalan cansancios y estancamientos. La falta de compromiso es un mal que muchas veces es fácil de diagnosticar, pero no se sabe muy bien su procedencia. Esta falta de ilusión, se puede deber tal vez a la excesiva fiebre consumista, que conduce al espíritu a llenarse de cosas que no sacian. Se indica en otras intervenciones el excesivo afán por la comodidad, por la búsqueda constante de evitar complicaciones. Puede haberse instalado una pereza o escepticismo no sólo para emprender tareas nuevas, sino para mantener incluso las que se ejercen. Y otras veces se habla del peligro de instalarse en la nostalgia de tiempos anteriores. En el fondo, se apunta hacia una parálisis, que sugiere la falta y carencia de una renovada docilidad al Espíritu de Dios.

b) *Algunas experiencias sinodales significativas*

1. **Hacia la culminación del proceso sinodal de los jóvenes en la recepción de *Christus Vivit***. Una de las iniciativas en curso, en el momento de convocatoria del Sínodo, era el proceso —inspirado en una metodología sinodal— seguido por la pastoral juvenil de la diócesis de cara a una recepción efectiva de las indicaciones y orientaciones de la Exhortación *Christus Vivit* del Papa Francisco. Un camino verdaderamente providencial y estimulante, puesto que muchas de las aportaciones señalan la profunda preocupación por la ausencia de jóvenes en nuestras parroquias, y el deseo por acertar en la propuesta e invitación evangelizadora a los jóvenes. Ellos ocupan muchas de las reflexiones, que solicitan abrir pistas y vías de trabajo con los jóvenes. Se indica la necesidad, pero no se ofrecen, sin embargo, salidas o sugerencias significativas.

2. **La reapertura de las Capillas de Adoración eucarística**. La pandemia nos había privado —como de tantas cosas— de este espacio para la oración y la adoración. Durante este curso se ha hecho el esfuerzo por adaptarlas y abrirlas, suponiendo en ese sentido una llamada a buscar nuevos adoradores. Sin duda alguna, en ello se dejaba sentir un impulso sinodal: la necesidad de expresar que Cristo camina entre nosotros. En eso consiste el sentido profundo de la adoración: en descubrir la presencia de Dios en lo cotidiano y cercano de nuestra vida. Así se reflejaba en algunas aportaciones. Los adoradores, con su oración y su intercesión, tienden lazos y puentes de encuentro entre los hombres. Es una sinodalidad “misteriosa”, silenciosa, pero “efectiva”: un ponerse al lado del otro, junto al Señor, y pedir por sus necesidades. La adoración abre caminos de encuentro y participación.

3. **Convocatoria para diversas Mesas de diálogo y encuentro**. En algunos sectores pastorales también han surgido iniciativas que bien pueden identificarse con objetivos sinodales. Estas iniciativas son aperturas de Mesas para el encuentro y el diálogo. Así sucede con la pastoral educativa que, fruto del Congreso diocesano de educación —como una de sus conclusiones— puso en marcha esta iniciativa entre la Escuela Católica, para que continuara desarrollando la reflexión y el pensamiento que, sobre la educación, alentó e impulsó el Congreso. En esa misma dirección, han avanzado la Dirección General de Colegios diocesanos, de cara a aplicar su ideario en el curriculum, y también los profesores de religión, para construir juntos materiales y recursos para la clase de religión. Ello significa que la sinodalidad estimula el pensamiento común, de modo que las acciones pastorales convergen hacia una unidad de pensamiento y espíritu. Todas estas experiencias, por último, indican lo necesario que es afrontar juntos los grandes desafíos abiertos por la "emergencia educativa" (como indicaba Benedicto XVI), y que requiere el concurso unánime de todos los agentes educativos (padres, profesores, educadores, alumnos, etc.) para avanzar también juntos hacia un "pacto educativo" que asegure el acceso de todos a una educación integral, como propone el Papa Francisco.

4. **El Simposio diocesano sobre la Familia y la Vida, en el contexto del Año de la Familia con motivo de *Amoris laetitia*.** En este clima sinodal se desarrolló también el Simposio Diocesano organizado por el secretariado de Familia y Vida, los días 25 y 26 del pasado marzo. Un evento que congregó a buena parte de la comunidad diocesana y muchos agentes pastorales en torno a la reflexión sobre los grandes retos y desafíos que tiene hoy la familia en su tarea de transmitir la fe. Como particularidad para el camino sinodal, cabe destacar, el desarrollo del encuentro en un ágora pública como es el Paraninfo de la Universidad de Alicante, expresando así el deseo de salir al encuentro con los anhelos y las esperanzas de la humanidad hacia un futuro mejor, que siempre tendrá que contar con la protección y la defensa de la familia, como esperanza de futuro. Fue una ocasión magnífica para profundizar en el Evangelio de la Familia y de la Vida y, además beneficiarse todos los componentes que la forman (niños, jóvenes, padres y abuelos) de una oferta adaptada para cada uno de ellos. Como un eco de este encuentro, se puede oír, en muchas aportaciones, la inquietud manifiesta por la atención pastoral que nuestra diócesis ofrece a la familia. Muchas indican la prioridad y la solicitud que ha de gozar en nuestras ofertas pastorales.

5. **La respuesta solidaria a la crisis humanitaria de Ucrania**. En el camino sinodal no podía faltar la atención a los desfavorecidos. El camino sinodal está envuelto, en muchas de las aportaciones, por esta preocupación. En medio del camino, hay que detenerse y atender a tantos heridos, como lo hizo el Samaritano de la parábola del evangelio. La caridad forma parte vital de la sinodalidad. Así lo ha hecho la diócesis, en muchos momentos y ante muchas

emergencias, sobre todo por medio de Cáritas diocesana y la Delegación de Acción social. De modo particular ante la última de las emergencias, muy significativa en este tiempo sinodal: la crisis abierta en Ucrania como consecuencia de la invasión bélica. El sufrimiento nos une, y la compasión solidaria es la mejor sinodalidad ante el hermano que necesita ayuda. También esta experiencia sinodal, caritativa y samaritana, ha motivado muchas reflexiones y sugerencias en las aportaciones. En concreto, subrayando la importancia que tiene el testimonio caritativo para atraer al Evangelio a muchas personas que, fruto de su sufrimiento y de su situación, abandonaron la Iglesia. A la luz de las respuestas se puede decir que esta solicitud por los pobres y necesitados sigue siendo una opción preferencial en la vida de muchas comunidades y movimientos cristianos. Dentro de esa preocupación hay que incluir la rica reflexión y sugerencias que ofrece la pastoral diocesana del Trabajo, en especial ante las consecuencias de la crisis que se padece actualmente en muchos hogares y muchos corazones. Las respuestas gozan, en su conjunto, de una sensibilidad muy rica y concreta ante estos problemas sociales.

c) *Temas de mayor resonancia y eco: temas destacados*

1. **Mucho interés por señalar una inmensa compañía de viaje**. A la hora de indicar quiénes son los compañeros de viaje, de camino, en la Iglesia sinodal, la descripción no se limita a indicar los que caminan dentro de la Iglesia (sacerdotes, religiosos, laicos, catequistas, misioneros), sino también los que están junto a nosotros en el camino de la vida (familiares, amigos, vecinos, compañeros de trabajo). Hay una larga lista de presencias. Se puede decir que hay una oferta generosa de la Iglesia por compartir el camino. Se tiene claro que la Iglesia no ha de excluir a nadie. Hay una enorme sensibilidad por poner a la persona en el centro. Una de las presencias descubierta son las personas aquejadas de enfermedades mentales, y que últimamente se procura sacarlos del olvido que han sufrido.

2. **Anunciar el camino sinodal a los padres de catequesis infantil**. Son a los que más se les invita a participar en la vida de la Iglesia. Se insiste en que la parroquia no sólo ha de atender al niño en la catequesis, sino que ha de aprovechar la ocasión para conocer y ponerse al servicio de toda la familia. Ellos, los padres, han sido unos destinatarios destacados de la invitación al camino sinodal.

3. **Necesidad de una mayor formación, especialmente litúrgica**. Se detecta una zona de “conflicto” entre la necesidad, por una parte, de abrir las celebraciones a una participación mayor, que implica una fuerte dosis de catequesis litúrgica y, por otra parte, la necesidad de una mayor formación litúrgica, para que esa catequesis no aleje del decoro de las celebraciones y del tesoro de gracia en el misterio que se conmemora. La armonía de ambas dimensiones, catequética y “mistagógica”, ayudará a que la liturgia sea

verdaderamente una escuela de oración. La dificultad más común que se indica en esta área litúrgica se refiere a la falta de formación en el lenguaje y los gestos celebrativos.

4. **Necesidad de utilizar los medios de comunicación para la difusión del Evangelio**. Es una observación muy repetida en las aportaciones. Con ello se pretende aminorar la distancia que, se piensa, existe entre el mensaje del evangelio y la mentalidad del hombre de hoy. Otras intervenciones apuntan a la necesidad de profundizar en "mediaciones" culturales para que el evangelio arraigue en el ambiente actual.

d) *Luces y sombras en la consulta sinodal*

1. **Primera luz: la necesaria conversión que viene de la escucha**. Vivir el proceso sinodal es una gracia inmensa de Dios, que requiere conversión por nuestra parte. En este punto se ha insistido mucho. Hay una llamada a que todo cristiano viva esta gracia y que nos abramos muchos más a la escucha. En algunas aportaciones se habla incluso de ofrecer un servicio de escucha en nuestra pastoral ordinaria. La conversión sinodal también requiere humildad. Hay una estima muy alta por esta virtud. La humildad nos proporciona ojos y oídos para escuchar; sólo el humilde puede entender.

2. **Segunda luz: mayor comprensión del alcance de la visión de la Iglesia del concilio Vaticano II**. El proceso sinodal ha ayudado a comprender mejor las opciones de fondo de la visión de la Iglesia que proporcionó el concilio: la iglesia como "santo Pueblo de Dios" (Papa Francisco). Todos los fieles cristianos pertenecen a él. Nadie se salva solo (cf. Lumen Gentium 9). Todos los miembros gozan de libertad y dignidad. Por ello, en la Iglesia no se pueden contraponer carismas ni servicios. Este anhelo de unidad y comunión, característico de la eclesiología del Vaticano II, es el que se respira en muchas de las aportaciones.

3. **Tercera luz: la plenitud del amor manifestado en una Iglesia inclusiva y samaritana**. Se valora, sobre todo, que el punto de máxima unión entre todos los fieles en la Iglesia es el amor. Éste es el mayor don y el mayor tesoro. Y este amor es lo que explica que la Iglesia quiera llegar a todos, y los ame sin exclusión alguna: aceptándolos como son, reconociendo en ellos su dignidad humana. Esta plenitud del amor, que la Iglesia vive en sus entrañas, es la fuerza que la hace cercana a todos, y samaritana, atenta a sus necesidades.

4. **Tan sólo, una sombra: la persistencia de algunas antinomias, aún no superadas, que conducen a disyuntivas espirituales o pastorales.** Las aportaciones, en su conjunto, son como una sinfonía del Espíritu que conduce a la unidad. A la luz de esa concordia sinfónica es donde más se manifiestan pequeñas atonías en algunas respuestas. En ellas se percibe expectativas erróneas que pueden confundir el proceso sinodal, que vienen de actitudes muy diversas. O bien desde una lucha por el poder en la Iglesia (como un igualitarismo indiferenciado, un asamblearismo democrático, con la consiguiente

confrontación de carismas), hasta expectativas desilusionadas, actitudes de pasividad, actitudes de reserva y miedo a la pérdida de seguridades. El proceso sinodal no se puede detener por estas actitudes de un extremo u otro, que más bien paralizan el avance, derivando hacia discusiones ideológicas pasadas.

## III.

## CONCLUSIÓN Y PRÓXIMOS PASOS

El proceso sinodal abierto es un camino de renovación y de esperanza. Está llamado a impregnar el *modus vivendi et operandi* de nuestra Iglesia. Aunque se concluye en el tiempo, sigue estando abierto en el espíritu. Ese es su mejor fruto. En las aportaciones también se refleja este deseo de continuidad y de crecimiento en la sinodalidad. Para mantener vivo este espíritu sinodal y crecer en él es necesario:

1. **Ir creciendo hacia una mayor conversión "sinodal", a través de la escucha y del acompañamiento**. Esta conversión sinodal supone crecer en la actitud de escucha. La mejor conversión, como se ha indicado, es crecer en la humildad y en la escucha. Se pide escuchar con el corazón y no sólo con los oídos. Escuchar es también un acto teologal. Se trata de escuchar la Palabra de Dios y la voz del Espíritu junto a las palabras de los demás. Estar abiertos a las preguntas, los afanes, las esperanzas de cada persona. Estar atentos, de modo especial, a los desafíos y los cambios del presente: tener conciencia que estamos en un mundo que está cambiando. Esta actitud revela un rostro de la Iglesia acogedora y hospitalaria. Es importante que el otro se sienta acogido, no juzgado, libre para contar la propia experiencia de vida y el propio camino espiritual. En ello se reconoce una llamada a acrecentar nuestra capacidad de acompañamiento, sobre todo, personal. Esta opción por el acompañamiento supone dar valor e importancia a los procesos. Hoy la evangelización se juega no tanto en los fines que pretendamos, sino en la capacidad de poner en marcha itinerarios y procesos. Eso es una manera concreta de traducir misionalmente nuestra identidad sinodal.

2. **Fomentar la formación para la sinodalidad, por medio de la maduración del *sensus fidei* (sentido sobrenatural de la fe) y del ejercicio del discernimiento evangélico.** El proceso sinodal cubierto deja al descubierto también carencias importantes, como es la propia formación cristiana, que en muchos casos se solicita. Para avanzar en el camino sinodal se requiere vivir y madurar el "sentido sobrenatural de la fe" (cf Lumen Gentium 12). Se trata de un punto esencial en la formación del espíritu sinodal que, de un modo u otro, está presente en las aportaciones. Este sentido sobrenatural, el deseo de crecer en la fe personal, suscitará mejores disposiciones para desarrollar la vocación sinodal. Entre estas disposiciones se pueden agrupar algunas sugerencias indicadas: participación en la vida de la Iglesia centrada en la Eucaristía y en el

sacramento de la Reconciliación; la escucha más atenta y continúa de la Palabra de Dios para facilitar el diálogo con Dios en la oración; el conocimiento más extenso y profundo de las enseñanzas de la Iglesia. Sin duda que un avance en este deseo de ser mejores creyentes facilitará el poder discernir más inmediatamente y con sabiduría cristiana, lo que el Espíritu de Dios está obrando y guiando en las búsquedas con las que hombres y mujeres se interrogan acerca del Evangelio y la Iglesia. Hemos de crecer en el arte del discernimiento adquiriendo una mayor mirada cristiana, hasta ver con los propios ojos de Cristo el entorno y ambiente que nos rodea. Para ello se recomienda frecuentes lecturas creyentes de la realidad y la capacidad de "sentir con la Iglesia" (*sentire cum Ecclesia*). Hay que despertar una mayor sensibilidad cristiana para apreciar los valores que nos rodean.

3. **Promover una espiritualidad de comunión**. Sólo ella nos ayudará a salir del individualismo que nos rodea. En las aportaciones se reclama esta espiritualidad muchas veces, pero no se indican muchas sugerencias concretas. Sobre todo, se pide evitar posturas de arrogancia o superioridad. También se reclama que haya mayor unidad y cohesión en la vida de la comunidad cristiana. Falta por iluminar el núcleo pascual de lo que supone vivir hacia la comunión: la muerte al propio "yo" para descubrir la precedencia del "nosotros" eclesial. Una espiritualidad de comunión exige también una "ascesis" de purificación de nuestros orgullos y vanidades.

4. **Ir creciendo en espacios de comunión para la misión**. No se puede olvidar, por último, el objetivo de la sinodalidad: abrirnos de modo decidido a la misión. En las aportaciones se sugiere que el proceso sinodal no puede ser dirigir una mirada autoreferencial a la Iglesia. Que ésta existe para la misión: ha de ser Iglesia "en salida misionera" (Papa Francisco). Y para ello se reclama mayor unidad. Es necesario crecer en comunión misionera. Para ello se demanda mayor coordinación en las áreas de pastoral, que no actuemos sin conexión los unos con los otros. Es un reclamo que no sólo afecta a la pastoral sectorial, sino también a la territorial. Se pide que haya más colaboración entre las parroquias y que se coordine mejor la programación y la acción pastoral.